LA ACCIÓN OBRERA

SEMANARIO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO

PORTE PAGO — PORTE PAGO

AÑO VIII — Núm. 287

Buenos Aires, Junio 28 de 1913

APARECE LOS SABADOS

DIRECCION: COLOMBRES 1062

SUSCRIPCION:
República Argentina, por mes 0,50
Exterior, por mes, pesos oro 0,25

Declaración de la Federacion S. A. de picapedreros

Sobre los causante del fracaso de la fusion

Otro mazazo a la secta y su obra

Cuando todavía no se han tranquilizado los individuos que han hecho obra disolvente y perniciosa, de la caída del manifiesto de la Comisión de Unificación (que dándole en la cabeza les hizo perder los estribos), le aplican otro mazazo contundente, dado por la Federación Sud Americana de Picapedreros, que tenía resuelto juzgar el asunto en caso de un fracaso de la fusión obrera, caso que se ha producido, desgraciadamente. Como la declaración es terminante y clara, nos ahorramos comentarios para dejar al lector que juzgue del valor de ese documento, que es una acusación severa contra los perniciosos elementos que desbarajustan una parte del proletariado, los cuales están siendo conocidos y señalados, y pronto quedarán imposibilitados de seguir su obra nefasta.

He aquí la declaración:

El segundo congreso de la Federación de Picapedreros, celebrado en Montevideo en Junio de 1912, teniendo en cuenta que en la Argentina existen dos instituciones obreras, divididas por primacías de sectas, causa esto de antagonismos perjudiciales a los intereses de la clase trabajadora, invitó a la Confederación Obrera Regional Argentina y Federación Obrera Regional Argentina, para que nombraran un delegado respectivamente, a fin de tratar en una sesión el punto de la unificación del proletariado argentino en una sola organización de clase. Antonio Marinelli y Carlos Balsán fueron los delegados respectivos de cada una de las instituciones mencionadas.

La idea de la fusión fué recibida con simpatía por los delegados y después de una larga discusión, donde Balsán había dicho que si la fusión obrera no se había hecho en congresos anteriores por culpa de los anarquistas, respondía entonces por parte de ellos de que en un nuevo congreso sería un hecho. Con tal motivo propuso que la Federación de Picapedreros hiciera un llamado a las dos instituciones del país, para que se celebrara un Congreso de unificación. En caso de que ésta no se sancionara, nuestra Federación de Picapedreros, según una propuesta de Balsán, lanzaría un manifiesto, señalando al proletariado los verdaderos culpables de un nuevo fracaso. Ambas mociones fueron aprobadas, y el Consejo de la Federación de Picapedreros, cumpliendo con el mandato del Congreso invitó a la Confederación Obrera y Federación Obrera, para que se pusieran de acuerdo sobre esta cuestión, nombrando cada uno un delegado para una reunión que el Consejo había resuelto.

Desde el primer momento, la mala fe de una de las partes se puso de relieve. Mientras la Confederación nombraba dos delegados, la Federación alegó no poder hacerlo porque, pretextaba, la «ley social» le impedía actuar públicamente. Y en una nota anterior, mientras a nuestra invitación nos contestaba aplaudiendo la iniciativa de la fusión y aconsejaba la celebración de un congreso a cargo nuestro, a la Confederación Obrera cuya institución la consultaba con el mismo objeto, contestaba que todo congreso era inútil.

Apesar de esta contradicción evidente, cuyo propósito oculto no se puede dudar, a fin de que la Federación tuviera su representación, en la primera reunión que mencionamos, de acuerdo con los delegados de la Confederación, se acordó que dada la causa que aducía la Federación para no hacerse representar, indicarle que lo hiciera por medio de dos organizaciones.

Así se hizo, y ambas instituciones estaban representadas en el Comité pro fusión, la Confederación por dos delegados y uno de los Conductores de Carros y otro de los Fundidores representando a los gremios de la Federación.

Constituído el Comité e iniciados los trabajos, se invitó a las organizaciones sindicales presentándoles un esbozo de bases, que servían para orientarse, y sobre las cuales podría fundarse el nuevo organismo. A esta altura con toda sorpresa vimos publicado en «La Organización Obrera», órgano de la F. O. R. A. y en el semanario anarquista «La Protesta», un desmentido al Comité, diciendo que la F. O. R. A. no tenía representación y que tampoco la había designado.

Debemos hacer constar que «La Protesta», que al principio de la iniciativa de fusión la había acogido favorablemente y después de haber dicho que si era obstaculizada por sectarismos, éstos debían ser eliminados, sostenía entonces una campaña innoble y desleal contra la unidad obrera. Sólo el semanario sindicalista «La Acción Obrera», que desde el primer momento nos acompañó en la propaganda fusionista, siguió aconsejando al proletariado argentino la necesidad de su unidad.

El desmentido de «La Protesta», y de «La Organización Obrera» motivó nuestra intervención en una reunión de la F. O. R. A. Entonces esta institución nombró dos nuevos delegados, pues los anteriores, debido a la publicación hecha por estos dos periódicos, dejaban por dignidad, su puesto.

Siguiendo los trabajos preparatorios del Congreso, éste tuvo lugar en medio de un ambiente contradictorio, creado por la propaganda opositora y los manejos ocultos de «La Protesta».

Inaugurado el Congreso, bien pronto se pudo notar la influencia que la obra nefasta de este periódico había ejercido en algunos delegados de la F. O. R. A.

Una comisión nombrada por el Congreso de unificación presentó las bases y declaración de principios para la nueva organización, la cual, después de haber sido felicitada por los más contrarios a la fusión, por el trabajo presentado, con robusta argumentación y razonados juicios, logró hacerlas aceptar por unanimidad en el Congreso. Hubo un delegado, de los carpinteros de Mar del Plata, cuya organización similar de la Capital no estaba representada, que después de haber estado en contra de la fusión, declaró que su organización sería la primera en formar parte del nuevo organismo.

Concluído el Congreso, a la semana siguiente, «La Protesta», siguiendo su campaña contra la unidad, publicaba un artículo firmado por un tal Teodoro Antilli, quien declaraba con todo cinismo y el descaro de un caudillo, **«que si los que podían hablar no hablaban, la fusión sería un hecho»**. Habló Antilli, un tal Julio R. Barcos, (ambos no obreros), un tal Cortés (bodeguero) y otros, acompañados por la redacción de «La Protesta», y los mismos que en el Congreso aprobaron las bases y la fusión luego hicieron coro a la campaña opositora a la constitución del nuevo organismo que debía sancionarse en una nueva reunión, y la fusión, la anhelada unidad del proletariado argentino, fracasó bajo el peso asfixiante del sectarismo anárquico de «La Protesta», que inspira a la F. O. R. A. que ha seguido fielmente los consejos de «La Protesta», con la cual la formación del nuevo organismo resultaba de inútil creación, puesto que las cosas quedaban como antes.

Con tal motivo, la unidad del proletariado argentino ha fracasado, no sólo por culpa de «La Protesta» con su fanática y burda oposición, sino por la F. O. R. A. que debiendo ser una de las partes interesadas en la unidad proletaria, se negó rotundamente a ello, resolviendo en una reunión celebrada por ocho delegados, aconsejar a las organizaciones no respondieran al llamado de la Comisión pro fusión.

Los prejuicios de secta, los preconceptos y la vanidad de que están imbuídos los pocos elementos de la F. O. R. A. han primado sobre los sentimientos obreros. Esto último, es para ellos, lo último de lo último.

La mala fe de los dirigentes, la incapacidad e inconciencia de los más, ahogó la voz sincera de los pocos obreros conscientes que militan en esa institución, y que desde el primer momento hasta el último se manifestaron favorables decididos de la unidad proletaria. Por ella batallaron para que fuera un hecho, pero su esfuerzo fué inútil, pues la inconsciencia de la mayoría de los elementos de la F. O. R. A. prefirió seguir a los caudillos y pastores, más que a la voz elocuente de los obreros, que sintiendo el peso de la explotación capitalista y de la tiranía del estado, comprendían la necesidad de la unificación de las fuerzas obreras, para presentar una fuerza, real y efectiva, frente a las fuerzas enemigas.

No habiéndose hecho la fusión, nosotros cumplimos con el mandato que nos ha dado el II Congreso de la Federación de Picapedreros. Lanzamos este manifiesto para explicar el fracaso de la anhelada unidad del proletariado y señalamos a los trabajadores de la Argentina y de todos los países como únicos y directos responsables de este nuevo fracaso de la unidad al semanario anarquista «La Protesta» y a la Federación Obrera Regional Argentina.

Por lo demás, habiendo expuesto ampliamente el manifiesto lanzado por la Comisión de Unificación, todos los detalles de este doloroso proceso y de la no menos dolorosa vida de desgarramiento interno del proletariado argentino, al solidarizarnos con dicho manifiesto, nos consideramos eximidos de mayores detalles.

El proletariado argentino sólo puede ver y distinguir en esta triste página de su historia, el puesto que ocupan sus pretendidos defensores, los cuales aparte de desconocer las necesidades proletarias, lo traicionan descaradamente.

El Consejo.

Jira de la Federación Ferrocarrilera y la Confederación O. R. A.

De vuelta de Bahía Blanca, el secretario de la Confederación O. R. A. camarada Marotta, en jira de propaganda, se detendrá en las siguientes localidades:

C. Dorrego, Tres Arroyos, Lobería, Necochea, Balcarce, Ayacucho, Maipú, Dolores, Sevigné, Chascomús, Tandil, Olavarría, Hinojo, Azul y Las Flores, Dolores.

Las secciones ferroviarias y las organizaciones obreras de estas localidades, pueden solicitar el concurso de este compañero para los actos que se realicen, y al efecto se dirigirán a la secretaría de la Confederación, Méjico 2070, o a la Central Ferrocarrilera, Olavarría 363.

Además, la secretaria Confederal pide a todos los compañeros de las mencionadas localidades, se sirvan cooperar al éxito de la jira, haciendo la propaganda necesaria para estos casos.

La jira dará principio en los primeros días del mes próximo.

LOS CONSCRIPTOS DEL 92

COMO SON RECIBIDOS

La madrastra patria

Como conscripto de la clase del 92, fuí llamado para cumplir un año de servicio. Acudí al cuartel de la calle Pichincha, el día fijado, creyendo que para ir a cumplir con tan pesado deber no se pondría mayor obstáculo. Pero pronto tuve que recibir la impresión del trato que allí se da a los que deben ir y van bajo la presión de una amenaza de carga mayor o de abandono de la familia, cosa que yo no podía hacer, como era mi deseo, para verme libre del yugo de hierro de la disciplina militar.

El entusiasmo ciego de los muchachos los hacía ir a subyugarse jubilosos, a los gritos de ¡viva la clase del 92!, entusiasmo que se apagó de un modo instantáneo después, quizá para no volver a encenderse jamás.

El último día fijado para la presentación, el cuartel estaba lleno de jóvenes que esperaban ser llamados. Pero la operación era lenta. Se hacía pasar a uno por uno, para ser anotados y revisados.

Pasó el día y se nos mandó volver al siguiente, y así lo hicimos. La mañana siguiente estábamos de nuevo en el cuartel, en una espera vana. A medio día se nos mandó volver a la tarde, y así lo hicimos, para ser despedidos por la noche para presentarnos al siguiente.

Aunque ésto molestaba, la mansedumbre y el temor no permitía ninguna protesta. Nos resignábamos a ser los juguetes de la gente de sable. Pero la cuestión llegó al extremo.

El día 12, uno de los guardias aplicó un culatazo a un conscripto, que como casi todos esperaba ser llamado, con el pretexto de que no se retiraba del sitio que ocupaba, que es donde estábamos todos. El pobre rodó por el suelo. Entonces la protesta tomó una forma ruidosa, como no era para menos.

Nosotros no íbamos por nuestra voluntad; se nos llamaba, y a la fuerza íbamos; y allí, después de tenernos como títeres, con idas y venidas, se permitían golpearnos.

Ya empezaba la vida del cuartel. Todos gritamos entonces: ¡Vámonos! ¡vámonos!, y salimos a la calle.

Una vez afuera se gritó contra la guardia, y como pasaba en ese momento un carro cargado de pedregullo, nos armamos de ellos e hicimos una pedrea contra el cuartel.

La guardia no salió, pero 30 minutos después se apareció un pelotón de 40 cosacos. Como la excitación se había calmado éstos no pudieron atropellar.

Algunos diarios dijeron algo de esta protesta pero muy disminuída, y para hacerla conocer me valgo de LA ACCION OBRERA, que confío en que vá decir la verdad.

Dos días después todavía estábamos en las mismas.

En una de esas, estando nosotros en la cera opuesta, salió la guardia y encontrando a un muchacho que acertaba a pasar, que nada tenía que ver con nosotros, lo tomó y se lo llevó para adentro.

Los gritos y las protestas arreciaron. Intervino un vigilante y a nuestras insistencias, pues todos pedían que lo dejaran en libertad, habló con la guardia y el muchacho fué sacado con un custodia armado y el vigilante.

Cuando se vió que lo iban a llevar preso se intentó quitárselo, pero el milico cargó el máuser y el vigilante sacó el revólver. No pude ver bien lo que sucedía, pero me informaron los que estaban más cerca que el muchacho se tenía la cabeza, pareciendo que le habían dado algunos planazos.

Así empiezan tratándonos nuestros superiores y maestros de armas, distinguiéndose en esas fechorías los enganchados, contra los cuales entramos llenos de odio y repugnancia, porque son los verdaderos inquisidores del conscripto, al que ellos llaman, como el título más despreciativo, «recluta».

Varios compañeros de peripecias han ido a los diarios a hacer denuncias, pero en ellos les han dicho que tengan paciencia, que no se puede decir todo eso porque sería una verguenza para el ejército y para la patria, y que como argentinos debíamos tolerar... Más de lo que hemos tolerado; ¡Muy lindo!, pero es seguro que los diarios no tolerarían ni para ellos ni para sus hijos semejantes tropelías; para nosotros sólo tienen consejos de mansedumbre, porque sus hijos, con una cuñita pasan al cuerpo de archivista, o como oficiales de reserva, que no hacen más de tres meses de servicio sin tener obligación más que de ir a divertirse algunas horas al cuartel.

La deserción está en el pensamiento de muchos, pero no todos se atreven ni todos pueden hacerlo.

Si puedo seguiré mandando datos a ese periódico para que se sepan las injusticias y se conozca lo que es el cuartel.

Un conscripto del 92.

Varios compañeros nos han informado de este trato que la madrasta patria comienza a dar desde el primer momento al soldado, pero a falta de datos precisos no dijimos nada antes. Ahora en posesión de estos informes, le damos traslado a nuestros lectores, para que se hagan un juicio de «la escuela del carácter y del ciudadano»... que resulta en la práctica un antro de depresión moral y de relajamiento de la dignidad de la juventud.

Si como se nos promete recibimos en adelante más informes, los haremos conocer a nuestros lectores.

Nota de redacción.

VIDA OBRERA

HUELGA FERROVIARIA

Como anunciamos en el número anterior, los obreros ferroviarios de Ingeniero White viéronse obligados a iniciar una huelga—única forma de hacer respetar los derechos obreros por parte de las empresas—ya que la reclamación de la comisión obrera no había sido atendida.

La causa originaria del actual conflicto está en la destitución del obrero calderero Andrés Zugasti, secretario de la sección. Esta destitución cuya injusticia fué reconocida por el mismo jefe, ya que al ser entrevistado por la comisión prometió readmitirlo, cosa que más tarde se negó a cumplir alegando falta de trabajo, fué motivado por haberse entretenido unos segundos en hablar con unos obreros que venían a ésta.

En realidad no había motivo para semejante actitud. Pero los señores de la empresa del Sud que ven en la naciente Federación O. Ferrocarrilera una amenaza a sus dominios, han querido provocarla aprovechando la escasez de trabajo para asestar un golpe criminal a la organización. Por otra parte, la actitud equívoca de los superiores viene a corroborar esta presunción. Ellos prometieron readmitir al destituído, pero cuando se presentó a ocupar nuevamente su puesto no se lo permitieron; se le dijo que si quería trabajar debía venir a los talleres de Banfield; y estamos seguros que si el obrero hubiera aceptado el ofrecimiento, los superiores se habrían negado con cualquier otro pretexto.

La huelga se ha producido con una unanimidad admirable. Todos los obreros han sabido cumplir con el deber de solidaridad. Los ajustadores, caldereros, cambistas, gariteros, tele-

grafistas, todos sin excepción, abandonaron el trabajo.

En todos ellos existe una gran confianza en el éxito de la lucha. Y no dudamos que si saben persistir en la actitud adoptada, triunfarán.

Enviado por el Consejo Federal de la Federación Obrera Ferrocarrilera hállase en ese lugar nuestro estimado y valiente camarada Sebastián Marotta, quien ha dado diversas conferencias alentando a los compañeros a persistir en la lucha. Nuestro camarada permanecerá en la localidad hasta la terminación del movimiento.

La policía que siempre está al servicio de todos los rufianes adinerados, ha pretendido conquistar un nuevo lauro de gloria dedicándose a una persecución servil y encarnizada. El gobierno provincial ha enviado un piquete de cosacos para defender los materiales y custodiar a los carneros.

Desde el primer momento, sin motivo alguno, la policía inició la caza de los huelguistas. El local social estuvo a punto de ser clausurado y se trató de impedir las asambleas y reuniones. Pero a pesar de la brutalidad policial los obreros burlando la vigilancia han celebrado diariamente reuniones, que resultaron siempre muy numerosas y entusiastas.

Los ferroviarios de B. Blanca, Saavedra, Tornquist, etc., se dice que hánse plegado al movimiento como acto de solidaridad. Es de desearse que las demás secciones organizadas, como los maquinistas y foguistas, presten solidaridad a sus hermanos de Ingeniero White, ya que se trata de abatir al enemigo común: a la empresa.

¡Ferroviarios! Concurrid a ayudar a vuestros hermanos, evitad que se perpetúen las injusticias. Concurrid todos a la lucha en la organización, pues en ella y de ella depende el porvenir y provisionalmente todo mejoramiento!

El proletariado y el Sindicalismo

¿Qué era antes el proletariado? Nada. Si bien lo era todo como creador, nada era socialmente. Se le consideraba como un conjunto de brutos; encargado solo de producir el bienestar ajeno, sin tener para sí nada más que el alimento extrictamente necesario para no perecer y dejar sin bestias de carga a los amos.

¿Qué es ahora el proletariado? Es algo. Es una fuerza nueva, una potencia social naciente, que se impone en cruentas luchas al enemigo burgués, para ser tenido en cuenta, para comenzar a hacer sentir su voz y hacer pesar su voluntad en el campo de la producción, donde es todo.

¿Qué será el proletariado? Todo. Todo, cuando sepa ser el soberano en la fábrica, en la mina, en los campos, en el barco, en el tren y en todos los sitios donde se crea y se transporta la producción del músculo.

¿Cómo ha logrado el proletariado hacerse una fuerza social, saliendo de la nada en que vegetaba dándose un rumbo y creándose una conciencia y un ser moral propio? Por medio del sindicalismo.

Este ha sido el dínamo productor de las cuantiosas energías que en el concierto internacional de todos los pueblos, en todos los países, hasta los más remotos, ha hecho de la masa inerte explotada y sumisa una fuerza coherente, consciente y tan poderosa que ha preocupado a los Estados más fuertes, obligándolos a poner en juego sus instituciones armadas, sus jueces y parlamentos, dictando leyes especiales de aparente protección a los obreros y de represión contra los organismos sindicales y contra los militantes de la lucha proletaria.

El espíritu de rebeldía que nació vigoroso en «La Internacional», contra el despotismo capitalista, dió a la clase obrera la clara visión de su situación social encaminándola por las vías de su acción directa, no confiando la obra de mejoramiento y emancipación más que en los obreros mismos.

Después de las terribles peripecias de esa formidable organización, que dieron por resultado su derrumbe, surgió el sindicalismo revolucionario, para reanimar la lucha de clases, la guerra de los oprimidos contra los opresores, confiando sólo en las fuerzas propias, en el empuje y la capacidad creciente de los productores, que han de labrar con su esfuerzo el mundo de los libres.

Los obreros conscientes que anhelan la desaparición de un estado de cosas oprobioso como el actual, deben acudir unánimes a formar las legiones sindicales. Abandonar estos principios prácticos de la acción revolucionaria, es desviarse de la ruta que los hechos señalan como el mejor rumbo para la marcha del proletariado militante; es retardar el advenimiento y realización de nuestros anhelos redentores.

Floreal.

Contra el verdadero clericalismo

Como me agrada ser franco y no ocultar mis desprecios bajo el ropaje de las alusiones indeterminadas, diré que entiendo denunciar a la reprobación de los inteligentes dos tendencias que hoy, después de tantas contiendas, vuelven a florecer entre los jóvenes matando en ellos toda libertad de espíritu y toda esperanza de genio personal. Estas tendencias que parecen opuestos, pero que a menudo se hallan en el turbión de las aguas comunes y que producen efectos muy espantosos y semejantes, son: el regreso a la fe religiosa y a las filosofías de estilo alemán.

Cuando digo «fe religiosa» no me refiero solamente al cristianismo y al catolicismo, sino que a todas las otras iglesias, ya místicas o espiritistas, teosóficas o humanitarias, que implican una concepción del mundo en que el misterio está más allá; y una concepción de la vida en la que participa la obediencia a una ley superior, la sofocación de la individualidad en Dios, en el Espíritu, en una Idea, en cosas, en fin, consideradas como superiores al hombre.

Existen aquellos que dicen no haber salvación fuera de la santa iglesia católica y declaran querer volver con alma y cuerpo, como pájaros que hecho el primer vuelo se aperciben que es más cómodo estar quietos y sin preocupaciones dentro de los hierros de una jaula, con el alpiste siempre pronto o la esperanza de una eterna embalsamación; hay otros que hablan de un catolicismo integral que debiera regenerar, como por milagro, al hombre y la humanidad; están aquellos mitad ratones y mitad pájaros modernistas que se dignan permanecer en la iglesia con la cabeza afuera, pretendiendo que el dogma misterioso se transforme en formulitas filosóficas, que sea permitido creer hasta ciertos puntos, a fuerza de sutileza, que mezclan la razón y la fé, la ciencia y la religión hasta hacer todas las cosas irreconocibles y que desean estar con el papa, con tal que éste proceda a su gusto; existen aquellos, además, que podríamos llamar «cristianillos», quienes por **dilettantismo** o manía literaria o por deseo de novedad a costa de lo anticuado, costean las capillas, con los histerismos de santos y vírgenes, hacen la corte a Cristo sin creer en él y simulan ir en busca de una fé de que estarían muy descontentos en caso de poseerla de verdad.

Existen, también, al flanco de estos charlatanes, maniáticos y **dilettante** de religión, los prosélitos y santurrones de todas las otras religiones baratas nacidas en estos últimos años para uso de los que ya no podían permanecer en las viejas y que se sentían las espaldas tan inclinadas, el alma tan vil y la cabeza tan menesterosa de tonterías misteriosas, que no había modo de hacerlos vivir sin un catecismo y una teología de cualquiera especie.

Así vino a la vida el espiritismo para las veladas de la pequeña burguesía; la teosofía para el the espiritual de la alta sociedad; la religión de la humanidad, del dolor, del amor para los corazones tiernos, para aquellos que desean hacer absolutamente algo por los hombres y tienen necesidad de no sentirse solos en regalarse a alguna cosa que los supere y los ahogue. El hombre sin religión de ninguna especie, es solo, se siente solo, la soledad sólo es soportada por los fuertes. Es preciso un buen pecho para estar frente a la nada y sin esperanza de ningún paraíso, y pocos son los que llegan.

Los más de los hombres son temerosos, débiles y por esta única razón tienen necesidad de una fé cualquiera que los empuje junto a las demás ovejas y que les prometa alguna cosa buena y agradable para después del temible salto de la muerte, y les dé a ellos la ilusión de que no son—como lo son en realidad—absolutamente inútiles a si mismos, a los otros, a la tierra y a todas las constelaciones del infinito.

Aquí no se trata de hacer el vulgar anticlericalismo a base de Giordano Bruno y San Alfonso. No es ninguna cosa grave que los frailes se acuesten con las criadas o que los confesores conozcan bien a fondo la cuestión sexual o que algún fraile fanático haya sido quemado en las plazas. El hecho grave es que los mismo que combaten el catolicismo son tambien ellos creyentes, santurrones, hipócritas, fanáticos, gentes que no han sabido entrever o aceptar esta visión terrible y embriagadora de la nada universal en la que una sola certidumbre, una sola realidad flota y batalla: nuestra personalidad.

De la aceptación de este heroico fin, del transitorio, de la ninguna esperanza en el «más allá» terrestre o celeste, debe surgir nuestra grandeza de hombres. Nosotros estamos circundados de frailes desfrailados, de frailes enmascarados, de frailes futuros, de frailes clericales y frailes anticlericales y de todos aquellos que nos quieren ayudar, consolar o dirigir, darnos un propósito social, un propósito humano o humanitario, una misión cósmica, una perspectiva láica o sobrenatural de premios y castigos.

Es tiempo ya que se eleve el hombre solo, el hombre desnudo, el hombre que sabe caminar por sí, el hombre que no tiene necesidad de promesas ni alicientes y arroje de su alrededor a todos los sacristanes de los diversos absolutos.

... ...

Es la filosofía de aquellos que encuentran en todas partes el bueno y el malo, que todos tienen y no tienen razón; que no es preciso arrojarse en la corriente ni buscar aventuras, de seguir pacientemente las normas de los padres, permitiéndose cada tanto abandonar las viejas sendas, pero no atreviéndose nunca a abrir una nueva a través de los desiertos y boscajes.

Filosofía de maestros normales, de seminaristas, de pedantes natos, de charlatanes pretensiosos, de tímidos que pretenden parecer audaces y de conservadores que quieren parecer revolucionarios. Ella tiende, ni más ni menos, que a sustituir las religiones, esto es, a tomar en la sociedad aquella función corruptora y castradora que hasta ahora ha sido propia de las religiones.

Nuestra posición es clara y precisa. Nosotros vemos en estas corrientes reaccionarias el resúmen y el condensamiento de todo lo que niega la individualidad, la poesía, el arte, el descubrimiento y la investigación de la novedad.

Todos los otros hombres que cumplan con su misión, que trabajen, que ganen dinero, que coman y beban y piensen en los intereses de la ciudad y del país; pero en el mundo del espíritu, en el mundo de la inteligencia y del arte no vengáis a taparnos la boca, a imposibilitarnos la respiración con vuestra miel de servidores de Dios o de la sociedad.

J. PAPINI.

Qué quiere el Sindicalismo

Siendo el sindicalismo la organización de la clase obrera en lucha para imponer su predominio y anular las desigualdades sociales, no puede ser un movimiento que se encierra en los estrechos marcos de una idea, como pretenden algunos novatos organizadores.

Pretender que una federación o una entidad cualquiera del proletariado se manifieste por tal o cual doctrina es llevar al descrédito a la misma organización obrera, y reducir, estrechar los horizontes y la acción de la clase obrera.

Sostener que el proletariado organizado, que lucha por su acción directa y revolucionaria, para destruír la explotación del hombre por el hombre, no va hacía un fin definido y terminante, porque no se embandera en alguna de las abstracciones que flotan, como todo lo liviano, en los ambientes obreros, es negarle capacidad para emanciparse por su esfuerzo propio.

Es reconocer la necesidad de los «fabricantes de ideas», sin los cuales no habría emancipación posible, y creer a la clase obrera un niño que precisa de los consejos del buen camino que les señalan sus tutores.

Organizar a los trabajadores en sociedades de oficios, sin más fin que un simple mejoramiento económico, y luego relegar la obra transformadora y capital a los grupos de afinidades ideológicas o a los «partidos políticos obreros», es hacer la antitesis de la obra que elabora el sindicalismo. Porque se niega el valor real que posee la fuerza productora para emanciparse, y en cambio supone una mayor capacidad revolucionaria a las agrupaciones compuestas por elementos de diferentes clases sociales para conseguir una emancipación que no les pertenece, por no ser producto de su esfuerzo.

Además, con esas prácticas, los trabajadores se acostumbran a creerse inferiores a los «amigos» del grupo o del partido, y este prejuicio redunda en contra de su independencia y autonomía individual, en el desenvolvimiento de sus funciones de organizado militante.

Hoy ya entre los productores hay suficiente capacidad e inteligencia para luchar y gobernarse sin los dictados de jefe ninguno que las sectas y los partidos imponen.

El movimiento obrero se autonomiza cada día más de todos los padres espirituales que en el pasado ahondaran su división y su discordia, que vivimos todavía en el presente, y no será una sorpresa que pronto veamos desaparecer para siempre los restos de idolatría hacia los hombres y las cosas que no son sino efectos de sentimientos religiosos que heredados de tantos años de dominación superticiosa se manifiestan todavía al través de los tiempos...

El sindicalismo afirma y prueba que se basta a sí mismo para realizar a revolución social, como para impedir toda nueva tentativa de explotación que pretenda resurgir. Es un movimiento completamente materialista. Solamente los que no lo entienden o los que temen perder su influencia sobre la «turba multa» que los halaga, pueden impugnarlo y combatirlo.

M. Pianesi.

Ovejas descarriadas y lacayos serviles

En los primeros días de la pasada semana, todos los diarios se ocupaban con abundancia de detalles, de un suceso que tenía por teatro la vecina ciudad de Montevideo y por protagonistas principales a personas de la alta sociedad uruguaya. Como al principio, tal vez no se conociera la infuencia y el prestigio que tuvieran dichas personas en los círculos políticos y sociales, los detalles del hecho circularon por todos los diarios, con la mayor desnudéz, tal como habían acontecido; esto es: Que una señorita, empedernida jugadora y arrastrada por la corriente de las ganancias y las pérdidas en los Hipódromos montevideanos, había huído de la capital uruguaya después de haber defraudado a varias personas por la cantidad de cerca dos millones de pesos oro.

El hecho no tiene mayor importancia en por sí. Mujeres jugadoras hay en todos los Hipódromos de todos los países e igualmente todas juegan hasta perder el último centavo o hasta ganar sumas fabulosas, que al siguiente día perderán.

Es su moralidad y si no hacen otra cosa mejor es porque les sobra tiempo y no saben en qué emplearlo; pero de aquí a que se conviertan en estafadoras vulgares y después huyan para no caer en manos de la policía, hay mucha diferencia. Por eso la noticia de la huída y de los detalles del hecho hizo ruído en todas partes. Que la señorita Avegno ha falsificado firmas y ha trampeado de lo lindo, no cabe la menor duda, pues ella misma lo confiesa, en varias cartas enviadas a distintas personas que fueron sus víctimas, y en las que manifiesta estar dispuesta a quitarse la vida.

La policía uruguaya y la del puerto de esta capital siguen la pista a la delincuente, que se ha refugiado en Buenos Aires y parece que espera que ella desapareciera de donde se halla refugiada para llegar e indagar su paradero.

Llega un momento en que ella se cree perdida y que nadie la socorre, y entonces en medio de un campo pone fin a su existencia antes que caer en manos de la justicia.

¿Y qué sucede entonces?

Cosa inaudita; la que un día antes fuera una defraudadora, una dilapidadora de su fortuna y de las ajenas, se convierte, como por obra de magia, en una mártir inocente, en una víctima del destino y del error o avaricia de sus acreedores y poco le faltó para que le cantaran himnos y hosannas a su genio, a su valor, a su hermosa vida aventurera, a su belleza incomparable y mil paparruchas de los diarios.

Y se habla de rehabilitar su nombre y de honrar su memoria, para lo que ya varios centros y sociedades se han reunido para cambiar ideas, de donde tal vez surja la voz que pida un monumento para inmortalizar su nombre... Y el vicio y la corrupción quedarán idealizados por este hecho y llegará a ser virtud imponderable, a cuyo acceso se disputarán las primicias las demás damas de la alta sociedad.

¿Es qué la opinión pública ha reaccionado, y no ha visto en la Avegno más que una víctima de los vicios de la aristocracia? ¡No! Es que el orígen de la defraudadora, sus parientes, sus amigos eran todos gentes de influencia y figuración en los altos círculos uruguayos y entonces era necesario hallar atenuantes y la inocencia a toda costa de la acusada y para esa comedia se prestaron todos los diarios, los eternos mercenarios, los eternos traficantes y tal vez logren su intento. Pero en la mente del pueblo quedará imborrable el recuerdo de una oveja descarriada del redil y de la actitud lacayesca de los mercenarios de la prensa.

Martha Aridna Jones.

EL CARNERO

El carnero, en el sentido del vocabulario obrero, es el individuo que carece de conciencia de su situación de clase, es el pusilánime en grado superlativo.

Su espíritu casi no da manifestación de existencia, dentro del armazón que lo encubre; se asemeja más bien a un irracional exento de la facultad primordial del hombre, la inteligencia.

Por eso generalmente son los peores obreros para la producción. Los trabajos que pasan por sus manos son ejecutados torpemente, sin ninguna chispa de habilidad. Esta es la causa por la que los patronos sólo en casos de imprescindible necesidad, cuando los obreros conscientes se niegan a la producción por motivos de luchas, los admiten en sus casas, pero terminada la huelga los despide por inútiles para el trabajo.

Si a un esquirol o carnero (hay que advertir que estos tipos, gozan de diferentes calificativos, según en los países que actúan), se le interrogase, si desea mejorar su situación, tomando parte en un petitorio al capitalista que lo explota, contestaría en el acto, que él está conforme como se encuentra, y que el patrón también tiene sus compromisos que lo afligen... y en resumidas cuentas él cree lógica la existencia de unos que disfrutan de la vida y otros que vivan vegetando en la miseria.

Para él la vida se reduce a trabajar, sin preocuparse para nada de su situación miserable.

¡Pobres desgraciados; cuánto mejor sería que no hubiesen nacido!

Para el proletariado consciente que lucha estos seres constituyen una rémora, y un peligro constante.

En balde son los convencimientos que trata de hacer llegar hasta él, por medio de la palabra, los escritos, etc., y que gustoso sacrifica de su peculio en aras de su ilustración y conciencia: siempre la misma obstinación y obtusidad, salvo raros y honrosos casos; él es aliado del patrón, del poderoso, que después de robarle el sudor le arroja una migaja para atenuar su apetito.

La mejor persuación para estos miserables es la represión violenta, el temor, pues, son muy susceptibles al miedo, porque ellos saben que su actitud contraria a los demás compañeros de trabajo, los coloca en la categoría de «judas», y además que su misma psicología los predispone en condiciones inferiores para un ataque.

La dignidad y la vergüenza son cosas desconocidas para ellos, lo mismo que las afecciones morales al prójimo.

No experimentan más cariño que el del centavo mal habido.

Generalmente el carnero, además de ser un mal proletario en todo sentido, es un mal padre. Carece hasta de los sentimientos de afecto para con sus hijos.

El sólo siente calor, frío o hambre. Representa la personificación del egoismo. Nada lo conmueve tanto como el ahorro de unos cuantos pesos o una sonrisa del patrón.

Toda esta es la sublimidad de su alma de perro; regenerarlo haciéndolo digno de mejor suerte, si no es imposible, es bastante problemático. Lo más fácil es anularlo moral o materialmente, y para esto, es menester que los obreros conscientes se convenzan de que deben organizarse, y así con el boycott, con multas u otros medios «convencerlos» de lo que deben ser.

UN FERROVIARIO.

Rectificando una rectificación

Al disparate dicho por Andreus, poniendo a Galileo como inspirador de Colón en su empresa descubridora, no le quedaba medio alguno para escurrirse, y como tuvo el cinismo de declararse intelectual, le falta la sinceridad de declarar que estaba tan bien informado de historia que se creía que el primero era anterior a Colon...

Sale del paso con un embuste de que fué un error de imprenta, descargando sobre los tipógrafos una culpa que no les corresponde. Cualquier tipógrafo y cualquier barrendero y todo bicho viviente sabe que Colón murió un buen rato antes de haber nacido Galileo, y mal podía pues cometer semejante anacronismo.

En vez de culpar a los tipógrafos, debía agradecerle todos los disparates que le corrijen a él y a su tradutor. En cambio les carga con el mochuelo... Así paga el diablo a quien bien le sirve...

No hay tal error de imprenta. Es que el señor Andreus habla de todo y no entiende de nada. Su rectificación es debida a nuestras informaciones. Como los sindicalistas nos hemos reído de lo lindo cuando se leyó esa información histórica del colaborador de la P..., no faltó uno de los nuestros que fué a decirle que estaba tan errado como cualquiera de los asnos que en la redacción de su periódico deja pasar semejante noticia. El, después de porfiar, en compañía de otros, sosteniendo su dato, tuvo que quedarse con la boca abierta, cuando uno de los suyos quiso hacerlo salir airoso y fué a buscar un diccionario (cuya compra le hemos recomendado hace dos meses), debiendo comprobar su ignorancia y la exactitud de los datos de quienes no se declaran intelectuales, pero le están sirviendo de profesores de historia... Cuando se dió cuenta del planchazo, dijo en el italiano: «¡Subito!» (léase como esdrújula) y mandó la rectificación... Pero ni en la rectificación podía dejar de decir disparates. Hay individuos que son así; hasta cuando se desdicen de un disparate vuelven a decir disparates. Dice que Aristóteles «adivinó» la movilidad de la tierra... (no sabíamos que Aristóteles fuera adivino) queriendo darle la paternidad de este pensamiento, lo que es tan falso como todo lo que viene afirmando desde hace varios meses, y posiblemente, como todo lo que ha dicho en toda su vida.

El que primero habló en Grecia de la esfericidad de la tierra y sostuvo que ésta no era el eje del universo, fué Pitágoras que murió en el año 470 antes de la era cristiana, es decir 86 años antes que Aristóteles. Este lo que hizo fué hablar de que los pitagóricos sostenían estas teorías, pero no fué el genial sostenedor de lo que se estaba propagando desde un siglo antes de que él aprendiese a limpiarse las narices. El mismo Copérnico se inspiró en un pasaje de Cicerón, el cual habla de Hicetes, discípulo de Pitágoras.

Por lo demás, metido a rectificar debía haber rectificado las mil y una barbaridades que ha dicho desde el desgraciado momento que se puso a intelectual... Es verdad que eso sería algo que requeriría toda la P... entera y eso será posible cuando sea diario... si es que no se lo ocuparán otros para hacerse la apología...

A. Vernot.

Contrastes

Al leer en un diario de la ciudad de Córdoba, la extensa crónica del gran baile celebrado en el Club Social, con motivo de la trasmisión del mando en esta provincia, me he sentido impulsado a hacer un pequeño comentario de este acto, que como otros muchos, pone de manifiesto los dolorosos contrastes de la vida.

Para que los lectores puedan formarse una idea de la imponente ostentación de lujo en esta fiesta, traduzco aquí algunos párrafos de la mencionada crónica.

... ...

«Cerca de las 11 de la noche empezaron a llegar gran cantidad de carruajes y automóviles conduciendo a la enorme concurrencia que horas más tarde llenaba totalmente los elegantes salones del Club, que esplendían de luces y de adornos...

«El hall de entrada del espacioso salón, con mueblaje estilo Luis XIV, espejos biselados, hermosas arañas y alfombras color salmón vivo», etc., etc., sigue la descripción de multitud de adornos que sería largo enumerar, pero que no escapará a la imaginación de los lectores, que conocen estos sitios aristocráticos donde se derrocha el dinero a manos llenas, pues para eso el pueblo paga.

Termina la crónica con una nómina de las señoras y señoritas asistentes a la fiesta y un amplio detalle de los ricos y costosísimos trajes y adornos que llevaba cada una, entre los cuales los diamantes, perlas y brillantes con sus relucientes fulgores, desafiaban a la esplendente luz de la iluminación eléctrica.

Ahora bien; con una dolorosa impresión en el espíritu abandonemos este sitio donde imperan el lujo, la opulencia y la vanidad, y llevemos nuestra observación hacia otros sitios dignos de mejor atención, y donde libres ya de esa influencia sugestiva que por un momento ofusca nuestra mente al contemplar las grandezas del mundo, despertaremos a la triste realidad.

Primero encontraremos por esas calles a muchos infelices proletarios que ayer fueron activos trabajadores, y que hoy imposibilitados para el trabajo, expuestos a las inclemencias del tiempo y con sus cuerpos mal cubiertos por inmundos harapos, van de puerta en puerta implorando un mendrugo de pan para subvenir una de las necesidades más imperiosas de la existencia: el hambre.

Después traslademonos a los arrabales de la ciudad, donde en estrechas y antihigiénicas casuchas, habitan los dijos del pueblo, los desheredados, los parias de la sociedad. Allí contemplaremos más de un cuadro de miseria que desgarran el alma al ver cómo allí, entre las estrecheces de su precaria situación, viven aquellos hombres, quizá los mismos que ayer concurrieron con su voto a los comicios para elevar al poder a aquellos que en opíparos banquetes y lujosas fiestas, celebran su ascensión y sus triunfos; ignorando que para ellos este triunfo sólo significa la ascensión de un nuevo déspota que ha de hostilizarlos en lo sucesivo.

Son los mismos que en el rudo trabajo diario aniquilan sus fuerzas y sus energías, para costear con el sudor de sus frentes todo ese inmenso lujo que se ostenta en esas fiestas, mientras que ellos siempre viven rodeados de miseria.

He aquí los contrastes de la vida: mientras unos nadan en la plácida opulencia, otros gimen en la indigencia más abyecta.

Estos son los cuadros que a menudo nos ofrece la actual sociedad y que deben inspirar y servir de estímulo a los que luchan con la noble aspiración de ver un día surgir en el horizonte de los pueblos, una aureola de libertad, igualdad, justicia y equidad.

Ramón G. Videla.

Avellaneda, Mayo 26 de 1913.

Contra un equívoco

A propósito del pacto de solidaridad

CONTINUACIÓN

El charlatanismo, la hueca fraseología demagógica, cuando no leguleyesca, sigue desbordándose maravillosamente en el insulso e inútil pacto federativo. Después de los dos considerandos transcriptos, cuya característica fundamental es la negación más absoluta de toda declaración revolucionaria, y cuya uniformidad es la incoherencia propia que surge de los cerebros enfermos que han imaginado semejante literatura, el lector perspicaz notará cuánta vaciedad le sigue. «Que todo hombre requiere — sigue el catecismo de los anárquicos federacionistas, — para su sustento **cierto número de artículos indispensables** y por consiguiente necesita dedicar una cantidad determinada de tiempo a esta producción, como lo proclama (sic) la justicia más elemental». Sólo «cierto número de artículos» son suficientes para el sustento del hombre, conforme dice el santo evangelio anárquico. ¡Y para conseguir la producción de esos artículos, de acuerdo con la proclama de la «justicia más elemental», necesita dedicar una cantidad determinada de tiempo! De manera que no es la necesidad de sustentarse que impele al hombre a dedicar una cantidad de tiempo a producir, «cierto número de artículos indispensables», sino la «justicia más elemental».

Para satisfacer esas necesidad (reducida a la adquisición de varios artículos solamente, de acuerdo con el «amplio pacto de solidaridad») en la sociedad burguesa no sólo está sancionada (de manera que nada nuevo dice el evangelio) sino que la justicia que proclama en sus declaraciones para dedicar un tiempo a la producción de esos artículos, es una imposición, es obligada, debiendo los hombres trabajar la cantidad determinada de tiempo que le exige el burgués, cuando la desorganización obrera existe, pues cuando los trabajadores se organizan y luchan, el tiempo de trabajo es determinado por su voluntad.

El capitalismo hoy da a los trabajadores, de acuerdo con el valor que ha fijado a una jornada de trabajo, la cantidad para adquirir «cierta cantidad de artículos de sustento para el hombre», que el pacto proclama para las calendas griegas en nombre de la «justicia». Y mientras da a los trabajadores el salario, ni aún en nombre de la justicia ni de sus necesidades, el capital dedica la más mínima cantidad de tiempo para producir cierta cantidad de «artículos indispensables» para el sustento del hombre.

Si el evangelio anarquista argentino hubiera sido escrito por individuos menos ignorantes y aprobado ayer, y sostenido hoy por gente menos imbécil, habrían comprendido que ese párrafo es también completamente inútil; y en el caso que hubieran querido hacerlo constar bien podía haber expresado la realidad presente del productor y consumidor. Que mientras el productor está obligado a producir, el capitalista le retribuye lo suficiente para que obtenga «cierto número de artículos indispensables» (¡jamás para todos ellos!) mientras el que sólo usufructúa la fuerza de trabajo, obtiene, sin ningún esfuerzo, todos los artículos necesarios, de lujo y supérfluos, a la vez que su posición de privilegiado se agiganta. Pero no, el santo evangelio anárquico, no concibe, por lo que se ve, que la sociedad burguesa impone al productor una cantidad de tiempo para la producción, cuyo beneficio ha de ir en manos de la clase rica, mientras ésta, para que los trabajadores no se mueran de hambre, le da lo suficiente para que adquieran «cierto número de artículos indispensables» a su sustento. No concibe que es contra ese sistema, derivado del modo de apropiación de la riqueza, que hay que ir. Y no lo concibe, porque si así no fuera ¿cómo puede pretender, siendo una declaración de una organización que se dice tiende a transformar la sociedad burguesa, proclame en nombre de la justicia lo que ya es una imposición burguesa? ¿Cambiará de manera de ser, la realidad, cambiando de nombre?... Porque burguesa, simplemente conservadora, es la pretensión del pacto de solidaridad cuando proclama en nombre de la justicia más elemental que el hombre «necesita una cantidad determinada» para producir **cierto número de artículos indispensables para su sustento.** El hombre (productor agregamos nosotros) hoy no necesita la cantidad que reclama el santo evangelio, sino que la tiene impuesta y lucha por libertarse de esa imposición, como también no pretende para su sustento, **cierto número de artículos indispensables** que lo que le permite adquirir la burguesía, sino **todos** los artículos que le son indispensables. Esto es lo que los sindicalistas reclmaan como restitución inmediata después de la revolución obrera, a los hombres productores. Y eso es lo que no han sabido comprender los fanáticos anarquistas argentinos, fieles religiosos adoradores ultraeclesiásticos del catecismo de la sana Federación...

«Que esta saciedad — continúa — lleva en su seno el gérmen de su destrucción en el desequilibrio perenne entre las necesidades creadas por el progreso mismo y los medios de satisfacerlas, desequilibrio que produce las continuas rebeliones que en forma de huelga **presenciamos**».

La condición de la existencia del capital — dice Marx — es el trabajo asalariado, y éste está basado en la competencia de los asalariados entre sí. Pero el progreso de la industria, cuyo agente involuntario es la burguesía, hace que el aislamiento del proletariado, producto de la competencia, esté reemplazado por la unión revolucionaria, producto de la asociación.

De esta realidad social, las huelgas se producen y la actúan los trabajadores. Esas son los rebeliones, cada vez más conscientes, que el proletariado realiza por la unión revolucionaria de sus elementos. El progreso no crea ni explica nada. El es creado y necesita ser explicado, como ya ha tenido ocasión de decirlo en las columnas de nuestro periódico un ilustrado camarada nuestro.

El progreso de la industria, cuyo agente involuntario — dice Marx — es la burguesía, es a su vez impulsado por el proletariado que lucha y reclama condiciones nuevas que no puede conceder la forma primitiva de la producción. El progreso industrial es pues una necesidad, es impulsado. El proletariado es pues, el agente de destrucción que la sociedad burguesa lleva en su seno. Es el sepulturero que la burguesía engendra por sí misma en la parte de intervención que tiene en el desarrollo industrial, que hace que el aislamiento de los proletarios sea reemplazado por la organización sindical, germen a su vez de un nuevo mundo social.

El pacto de solidaridad que no explica el agente de destrucción y se pierde en su declamación, por las ramas, semejante al informe «in voce» de un leguleyo, cierra la oración diciendo que «presenciamos» (!...) las rebeliones que en forma de huelga produce el desequilibrio... ¡Es la declaración de una organización que ha de actuar, vivir la vida de las rebeliones contínuas, la que declara que presencia, vale decir, la expectadora, del propio movimiento que deberá actuar!

Bien podría ir el pacto a formar bulto en el archivo de los tribunales, en donde tanto la vaciedad en el fondo como la forma, tienen semejanza los escritos de un leguleyo con la famosa declaración de principios. Creemos que el autor ha errado el camino y ha confundido la cabeza de los federacionistas por el archivo de un tribunal: guardadora de la vaciedad leguleya de una declaración de principios como la de la santa Federación, o de un escrito de un abogado, que como se sabe, es siempre un amontonamiento de frases o un desbordamiento sin límite, sin hilación y sin sentido, de las mismas...

En el próximo número continuaremos.

Socialismo patronal y socialismo obrero

Hemos seguido con atención los discursos del Diputado Justo en la sesión de fecha 19 -- y separando todo lo que se refiere al capitalismo, en si y tomando lo que trata de éste en relación con el movimiento obrero, podemos afirmar que la concepción social del Diputado Justo ó mejor dicho, la solución de la cuestión social, según él depende principalmente de los factores siguientes: El Estado y el capitalista.

Estos dos factores coordinados deberán ir cuidando y mejorando la clase asalariada hasta conducirla á su completa emancipación.

Hubieramos deseado que el Diputado Justo se extendiera más, desenvolviendo más ampliamente, el rol social, transformador de los factores, Estado, capitalismo y fuerza obrera, fijando á cada uno de ellos, en el devenir de la humanidad. Asi hubieramos tenido su concepción social, mas clara, más definida...

Pero creemos reflejar fielmente, su pensamiento diciendo que la emancipación obrera, es obra del Estado y del capitalista. Por eso se dirije a éstos, o mas exactamente, exije de estos dos factores que al proceder, no consulten solamente sus intereses, sino que deben cuidar tambien de las condiciones de vida en que pueden quedar los trabajadores, despues de los actos que aquellos realicen... El no consultar los intereses y los derechos de los capitalistas, cuando éstos solo se preocupen de los capitales.

Y esto parece afirmar, cuando declara: propiciamos el progreso técnico. Hacemos defender de este, todo el progreso historico: pero ese mismo progreso tecnico lo queremos consciente. Y si ha de ser doblemente conciente porque el capitalista que juega lo que es suyo (nosotros subrayamos) tiene el derecho de equivocarse y lo hará a sus riesgos y peligros; pero el Estado cuando se equivoca, pone en peligro los dineros de la masa del pueblo, lo que doblemente lo obliga a aplicarlo con inteligencia.

Creemos interpretar bien su pensamiento al afirmar que eso, es, hacer socialismo de Estado, patronal... Es contra esa concepción que se levanta el Sindicalismo para declarar con toda conciencia y altivéz, que el Capitalismo se ocupe de sus problemas, de sus ganancias; que el Estado lo ampare y defienda en sus propositos de clase, y que el movimiento obrero Sindicalista, velará por sus intereses y por sus derechos. No acepta, no puede aceptar que el Patronato y el Estado interesándose impedir su emancipación, sean los indicados para realizar esta.

Noten los lectores, que esa concepción social del Diputado Justo, es la negación de la lucha de clases, base fundamental al movimiento Sindical. Esa es, la colaboración de clase, eso implica el sometimiento perpetu de la clase asalariada a los privilegios de los capitalistas...

La opinión del Dr. Justo es reaccionaria, pues pretende detener la marcha del capitalismo, cuando este en su desenvolvimiento, no consulte los intereses y los derechos de los trabajadores. Lo mismo pretende que haga el Estado, que es la expresión legal de la institución patronal.

La concepción Sindical, es muy distinta, y por eso es muy revolucionaria. Está basada en la forma de la producción, reconoce y declara que el capitalismo debe desenvolverse libremente, con toda amplitud y siguiendo su ley histórica de creador de mercancias, en lo que provoca y crea nuevas fuerzas productivas. — Esta es su misión economica.

Y ante el capitalismo, en su funcionamiento lógico, se levanta la clase asalariada a luchar «ella» y «solo ella», por sus intereses colectivos, por sus derechos, por sus aspiraciones. — No acepta que la clase capitalista, ni su espresión legal, el Estado se inmiscuya en sus problemas y trata de resolverlos. !»

Nos permitimos llamar la atención del Diputado Justo, sobre los resultados que produciria su concepción en la marcha de las dos fuerzas sociales — la capitalista y la proletaria — al pretender exijir que el avance de la primera tendrá siempre que hacerse, consultando la segunda. Eso significa, desfigurar la realidad social, desconocer los orígenes, y los fines históricos que llevan en si, estas dos fuerzas antiteticas — la capitalista y la asalariada — y desenvuelta en el Parlamento, donde no se aceptan, ni pueden aceptarse las bases, sin condenarse él mismo a la esterilidad ante el Parlamento, sólo hay, «un» pueblo «un» progreso técnico que debe «amparar y servir a todos. — No hay fuerzas sociales antagónicas, que surgen en conflictos y aportan cada una de ellas problemas específicos y de soluciones genuinamente propias.

La concepción del diputado Justo, es burguesa, no es proletaria. Por eso desconoce en esta la capacidad y la fuerza, para defenderse de los males que le ocasiona el capitalismo y llegar a tomar, en su momento histórico la dirección de la producción, cuando el capitalismo, habiendo realizado su ciclo histórico, sea incapáz para seguir sosteniendo su supremacia social.

En el párrafo que hemos citado anteriormente, se leen estas palabras: «Hacemos depender de este (progreso técnico) todo otro progreso histórico».

En un artículo publicado en el último número de LA ACCION OBRERA Unamuno, incurre también en el mismo error.

El progreso histórico, la emancipación de los trabajadores... no dependen únicamente del progreso de la técnica... Esta, sólo crea un medio propicio, al desenvolvimiento de la acción de los trabajadores, y es esta acción inteligente, colectiva que trae el progreso histórico y el devenir proletario.

El progreso técnico, da solo la materia, diremos. A la clase obrera, corresponde imprimirle su forma... crear su nuevo medio que le permitirá realizar, más bienestar, más igualdad, más libertad...

Muchos autores confunden «determinismo» con «fatalismo» por una especie de ilusión psicológica. Lo primero obliga a la persona a desenvolver una acción inteligente que le permite capacitarse, progresar, mientras que el fatalismo la sujeta a la inacción, a una vida estéril, fatalista.

La concepción del diputado Justo como la de Unamuno, es fatalista al esperar del progreso técnico, todo progreso histórico.

Note el lector, que el devenir, es movimiento, es vida, es acción, pero que una vez que se ha realizado, toma el aspecto de cosa, pero no debe olvidarse que esta es el fruto de la acción creadora.

Por eso el Sindicalismo trata de demostrar a los trabajadores, la verdadera realidad económica, a fin de que estos, observen y comprendan que su acción inteligentemente aplicada puede contar con el apoyo de fuerzas económicas poderosas. Y así como el cristiano se siente fuerte, al creerse apoyado y sostenido por Dios, los obreros sindicalistas, se consideran a la larga, con el triunfo, al saber que ellos colaboran, con fuerzas sociales económicas invencibles. Sus derrotas; no lo desaminan, pues comprenden que si no ha triunfado, es por falta de capacidad y de mejor comprensión de la realidad y así sus fracasos se convierten en experiencias, en mayores aptitudes que los prepara mejor y les aumentan las probabilidades de triunfo.

Dejen el Dr. Justo y Unamuno, al capitalismo que siga su ley histórica, de creador de mercancías y a la clase obrera, que se organice, se capacite y solucione «ella» y «solo ella», los problemas que la lucha social, levante en su camino. No pretendan cambiar ni confundir la misión histórica del capitalismo con la del movimiento obrero, que son distintas y propias de cada una de ellas.

Conocer el rol social que corresponde a cada una de ellas en el momento histórico presente, es comprender sus problemas, saberse orientar y capacitarse para resolverlos de acuerdo con el determinismo económico.

UN SINDICALISTA.

Las atribuciones del Sindicalismo

Lo que caracteriza y determina la fuerza del sindicalismo es que, ya sea bajo el punto de vista de la educación, ya sea de la acción para alcanzar mejoras reales y positivas, su filosofía no es el producto abstracto de ningún cerebro ni de ninguna escuela, sino que es impuesta por las condiciones de la sociedad actual, día por día más dura para los trabajadores.

El desenvolvimiento de las máquinas, el inmenso progreso de las ciencias, determinan actualmente un aumento demasiado grande del poder de explotación de los capitalistas. Y es ese poder precisamente quien, trayendo la concentración industrial, reunió en formidables aglomeraciones un número tan considerable de explotados, creando al mismo tiempo el trabajo en común, a fin de acrescentar la riqueza y el poder de la burguesía, un sentimiento de solidaridad entre los trabajadores comprendiendo instintivamente que la coordinación de sus esfuerzos podía darle la victoria en la lucha, y que para vivir tenían que batallar con sus opresores.

La organización sindical, lejos de ser el **producto del pensamiento de determinados individuos**, surge, por el contrario, de los **hechos y de las necesidades** que los trabajadores experimentan, es una consecuencia natural del desenvolvimiento capitalista. El sindicalismo empieza por mejorar parcialmente la situación de los trabajadores. Pero a medida que arranca a los patrones mejoras positivas, determina, también, por su naturaleza y como una consecuencia fatal de su acción una elevación del nivel moral de la masa explotada.

Por lo tanto, la filosofía sindical preséntase a los trabajadores bien definida: la lucha constante contra la sociedad capitalista, cuyas consecuencias más apreciables son el patronato y el asalariado.

No obstante, si es cierto que el sindicalismo es un producto natural de los hechos sociales, no es menos evidente agrupar a los trabajadores para alcanzar simples reformas parciales. El sindicalismo que no es una agrupación para llevar a cabo un restringido ideal mejorista, sino una agrupación de clase, debe aspirar, también, ante todo, a la reforma total, completa de la sociedad.

Así, pues, que cuando se pregunta donde terminan o en qué se limitan las atribuciones del sindicalismo, la única respuesta que pueda darse es la siguiente: «No existe ninguna barrera que limite el campo de acción del sindicalismo, ni tampoco, quien tenga el poder de impedir su desenvolvimiento.

Admitida la concepción que considera el sindicalismo como una organización de clase inseparable de la cuestión social ¿quién puede hablar de límites o decir dónde termina la neutralidad sindical? ¿Cuál será la fuerza capaz de decir a la inteligencia y a la razón humanas que coordinará sus esfuerzos en la acción sindicalista: ¡Alto! aquí están vuestros límites, y no teneis derechos a ensanchar más vuestro campo?

Esa fuerza de retención no existe, no debe existir. Un sindicalismo que se dejara imponer semejante restricción desaparecería por falta de aire, de luz y de libertad. Porque el sindicalismo no puede desenvolverse en toda su amplitud sino en condiciones de actuar libre de todo obstáculo. Siempre [illegible] haya explotación, opresión bajo cualquier forma que fuera, de una clase sobre otra, [illegible] sindicalismo debe levantar su voz reivindicadora.

Es esta evolución del sindicalismo que lo obligó a marchar por el camino que marcha en la actualidad, colocándose por la propia fuerza de las cosas, sobre su verdadero terreno que es el de **clase**; esta evolución que impuso a los militantes el estudio de cuestiones como el antimilitarismo, antipatriotismo, la huelga general, etc., etc., ha atraído sobre los sindicatos, por este hecho, la atención de los gobiernos de todo el mundo; esta evolución que por fin dió al sindicalismo toda su fuerza, jamás se detendrá, continuará siempre — no hay razón para que cese — sometiendo al estudio de la clase obrera problemas cada vez más complejos y profundos sobre su emancipación como clase.

Unicamente así el proletariado podrá educarse y llegar a dar a todo movimiento, a toda reforma todo su valor social y revolucionario, y encarar seria y formalmente el verdadero objetivo del sindicalismo.

No, no se trata de limitar el campo de acción del sindicalismo. Como la golondrina enamorada de aire y de luz muere si se la sujeta a la servidumbre, así el sindicalismo tiene también necesidad de gran cantidad de aire y de luz para desenvolverse. Y es sólo en esta condición que la clase obrera organizada podrá vivir y ser fuerte, tornándose consciente al conocer, por su ilustración, las finalidades del sindicalismo.

O sindicalista.

Concepto sindicalista de la lucha de clases

Si grandes y atrevidas fueron las empresas libertadoras emprendidas por los pueblos que se hallaban subyugados a la tiranía, no menos grande ni menos atrevida es la empresa de la clase trabajadora por su completa emancipación.

La lucha es siempre la misma des-

de hace siglos. Siempre ha sido el factor económico la causa determinante de todos los movimientos revolucionarios que nos han precedido, y que continuarán hasta que no desaparezcan las clases antagónicas, en que está dividida la sociedad.

En nuestros días, dado el progreso y la perfección de la máquina que reemplaza con ventaja el esfuerzo material del obrero, la lucha está más bien definida, y aclarada. No da lugar a confusiones, como acaecía anteriormente.

Del artesano que producía individualmente, al proletario moderno, que realiza la producción, en común, hay una diferencia notable, que esclarece los intereses y las clases litigantes de la sociedad.

Hoy casi no existen las probabilidades de un fracaso por motivo de una desviación o un mal entendido en al objetivo de la lucha.

La realidad está bien evidenciada, Por un lado los obreros productores de la riqueza social, artífices del mundo, y por el otro, los capitalistas dueños de los instrumentos de trabajo y elementos improductivos.

No cabe objeción sobre este dilema que plantea la presente sociedad.

Las interpretaciones distintas o equívocas que se puedan tomar de estas dos entidades fácilmente se verán desmenuzadas por la vida misma en la sociedad, que ilumina la inteligencia observadora de estos fenómenos. Por ésto han fracasado todas las teorías de los Owen, los Fourier y muchos otros utopistas, que basaron sus elucubraciones en vaguedades.

Toda la cuestión social se resume en el hecho fundamental de la Lucha de clases.

Los obreros, gladiadores modernos, así lo comprenden al menos; por eso se organizan en sus órganos específicos de combates cual es el sindicato, y declaran la guerra a la sociedad, representada por el capitalista en la fábrica, taller, etc., donde luchan directamente para imponer su personalidad y su derecho, en menoscabo del derecho y propiedad del patrono.

Con el contínuo guerrear los obreros por medio de su organización, se capacitan moral e intelectualmente, creando con su elevación siempre creciente, una nueva moral, que adquiere todos los caracteres de una dominación, o una vida superior libre de toda explotación y de toda creencia en abstraccismos.

El movimiento obrero, o sea el sindicalismo, es esencialmente un movimiento iconoclasta, superior a toda doctrina atea y antireligiosa. Esta particularidad propia del sindicalismo, se manifiesta por el hecho puramente materialista de su constitución y orígen.

El no es el fruto de una feliz idea de un filósofo o un bien intencionado, como sucede generalmente con todas las doctrinas pretendidas revolucionarias. Su orígen, es sencillamente el efecto de una causa que se llama determinismo económico, y que no está ligada, ni es sugetable a ninguna idea, o factor moral.

Pues, el hecho económico prima, y está sobre toda cuestión de orden abstracto e ideológico. Su única preocupación es la vida terrenal, a la cual trata de elevar, porque es su misión, superiorizarla al grado más avanzado de perfección.

Al encarar la cuestión como dejamos apuntado, es lógico que dicho movimiento haga abstracción de todo asunto extraño a su naturaleza materialista, que constituye en cambio, para ciertas doctrinas, el «quid» de su existencia, y su centro de atracción.

En resúmen: mientras que para el sindicalismo, destruyendo la propiedad privada, se destruye a la vez los prejuicios de orden moral, para los doctrinarios, con la crítica, y el convencimiento en el orden moral, es como se destruye el hecho material; por lo menos así se desprende de sus divulagodres.

La superioridad de los métodos empleados por el sindicalismo, es bien manifiesta: los obreros si son explotados, lo son debido a su condición de asalariados y no por las creencias o ideas que profesen.

Capacitándose en el terreno económico, anulando la explotación capitalista, anularán toda otra explotación, por consecuencia lógica.

H. Bianchetti.

Los personalismos
dentro de la obra del proletariado

Al tratar sobre este tópico impulsado por por una necesidad que existe en los que luchamos por el bienestar completo de nuestra clase y que deseamos hacer conocer a los militantes sinceros, que tiene el movimiento obrero las causas que empujan a sostener una campaña justiciera para unos é injusta para otros, lo cual crea un personalismo odioso, que viene a desmoralizar la misma organización y traer funestas consecuencias, para la redención del proletario, cuando éste no lleva un noble fin, que es el de higienizar a la sociedad nueva, de los enfermos morales que nacen en su seno, en perjuicio del mismo organismo. Estos enfermos, cuya su enfermedad consiste en el tartufismo, que por desgracia es el mal del siglo, al que todos desean combatir, por ser una plaga de la humanidad doliente. La sinceridad, crea enemigos y de donde se crean los personalismos, porque la misma sinceridad que se tiene dentro la obra del proletario, hace que por momentos los tartufos se confiesen en su error. Pero continúan en él porque así lo pensaban, y nunca hay que darse por vencido, hasta que los anulan. Decir que la misión de un periódico es ilustrar al pueblo, es la misma verdad, de que un literato, nos describa algo, que cause una emoción estética, que con ella hace pensar e ilustrar al lector. Con la misión de hacernos entender, todos escriben. Pero nos resulta, que un Gorki, al transportar su vida de vagabundo en sus novelas, no hace más que pintarnos el ambiente donde él vivió, con sus vicios y desgradaciones, que hasta creemos imposible, y, la única emoción estética que nos produce su cuadro, es asco, repugnancias de esos ex hombres. ¿Acaso por esto Gorki, deja de ser un artista? Creo que no. Y también, cumple su misión de ilustrarnos, en su forma, describiendo hechos y vidas pasadas, en obras que superiores a esas obras de «propaganda de nuestros ideales» que son en su mayoría bodrios del arte.

Así es todo en el ideal. Por eso, equivale a poner a la luz de Febo, las bajezas humanas, criticar lo malo a higienizar.

Si decimos que el fraile dice y no cumple, igual el politicastro, igualmente con sus doctrinas, que es una contradicción perenne, la moral con el hecho; ¿por qué nos personalizamos con ellos, sabiendo que todos no son iguales, que unos son más que otros?

Es el hombre, es al actor que hay que criticar, porque ha mistificado y falseado una cosa, un movimiento, un concepto. El personalismo es inevitable en la crítica, y el que más el que menos hace personalismo, como que son las personas los agentes de todo acto. No es posible prescindir totalmente de la persona. El personalismo es inevitable, a pesar de que no haga el efecto repugnante de las obras de Gorki, con sus vagabundos y sus ex hombres.

Esa es la obra del que no escriba para agradar, sino para algo más superior: para servir a la causa obrera. ¿Tiene culpa Gorki de que sean repugnantes sus personajes? El estudió y expuso un ambiente y sus actores.

Así nosotros, en nuestra obra critica. Lo repugnante no es la critica sino los personajes que la motivan y los actos de esa gente que nos da argumento con el nombre no hacemos el santo y con cualquier fe que tengamos, debemos darle una dirección inteligente a nuestro movimiento de clase que no puedan peligrar o confundirse nuestros intereses de trabajadores.

Dejemos a un lado los intrusos y es preciso desterrarlos, porque los hombres que desean cooperar a nuestra obra, desde afuera deben apoyarnos como mejor les parezca, pero no venga a darnos consejos, a ser pastores, a valorizar tradición por tradición y prejuicio por prejuicio, que eso no es más que tartufismo...

Todos tienen derecho a propagar, como cada loco con su tema, pero si los socialistas mistifican sus ideas en el parlamento, engañan a sus electores en esa forma, hay otros que mistifican sus doctrinas, y tanto mal hace uno como otro. Entonces debemos criticarlos ya que hablan en nombre de nuestra clase.

No quiero concluir con el argumento de un señor cura, que decía «conozco, anarquistas, como socialistas, que son muy respetables, pero sus ideas son erróneas», pero sí, todas las morales son imperfectas, aplicándolas a la vida, y no creo mala aquella moral de la higiene porque responde a una necesidad...

R. Guerin.

Progresos del partido socialista uruguayo

Hace apenas un año, cuando se quería aludir al partido socialista, se decía «el partido de los siete». Y según afirmaban algunos, que estaban bien enterados, no pasaban de ese número los afiliados.

Tal afirmación quedaba aparentemente destruída, puesto que su leader ocupaba una banca en el parlamento. Pero es el caso que su triunfo electoral, no lo debía a los votos socialistas sino a una hábil maniobra del partido colorado, frente a la abstención del partido blanco.

En los momentos actuales la cuestión cambia de aspecto. El partido socialista está adquiriendo robustez en virtud de la superstición democrática que ha creado en el pueblo el demócrata coloso de esta tierra, secundado eficazmente por los elementos que no pierden ninguna oportunidad para jactarse de interpretar sabiamente los intereses del proletariado y de ser los únicos que entienden con una certeza exclusiva la lucha que se ha de librar para hacer efectiva la mutación total de la sociedad—aludo a los anarquistas,—y a causa de ser uno de los más fervorosos de los paladines de las reformas proyectadas por el estado para conjurar los peligros que amenazan al país, es decir, al capitalismo en vías de su progreso industrial.

El estado, levantando una bandera democrática y anticlerical, ha sabido interesar y atraer, hacer que secunden su obra, que sólo tienden a fortalecer el régimen capitalista, todas las categorías sociales, todas las agrupaciones, sin excluír a las que tienen la pretensión de accionar en detrimento de la sociedad burguesa y contra toda forma de gobierno.

Lo extraño, lo que merece nuestra crítica, es que todos los partidarios de los propósitos gubernamentales—entre los que se cuentan muchísimos anarquistas—dicen que aplauden y secundan las iniciativas del gobierno porque son progresistas y porque benefician en primer término a la clase trabajadora. Y no paran aquí, sino que propalan que los trabajadores han de apoyarlas decididamente con la acción.

El que tenga un poco de criterio no dejará de constatar que tales apreciaciones son falsas, absurdas. Porque una sociedad que está dividida en clases con intereses diametralmente opuestos—a nadie se le ocurrirá afirmar que en el Uruguay no ocurre tal cosa,—que disputan diariamente, una para conservar todos sus previligios y la otra para arrebatárselos, pueda esta última prestar sus energías, accionar para dar robustecimiento a aquella, que les usará para mantenerse con más facilidad en las posiciones que ocupa y que obrando así saldrá beneficiada. Es simplemente una barbaridad suponer tal cosa, que sólo podemos explicarnos por la ingerencia que aún ejercen los preconceptos burgueses en la mentalidad de los que prestigian la obra gubernamental.

Pero lo que pasa en realidad, es que apoyándolas se favorece doblemente al estado, al capitalismo, en consecuencia, porque al concurrir la clase trabajadora con su esfuerzo al desarrollo del sistema capitalista, consolida la tiranía y la explotación burguesa, puesto que hace más fuerte a la burguesía y se descuida la organización de clase y se delega para más adelante la creación del proletariado combatiente. Porque cuando aún en la mentalidad obrera se ensañen todos los prejuicios que con un propósito deliberado difunden los que tienen necesidad de mantener sumisos a los productores, y cuando el combate, que éstos libran contra los explotadores es más bien intuitivos que consciente, se les dice en todos los tonos que tiene en el gobierno un amigo que hace lo indecible para mejorar su suerte y que si lo apoyan verán colmados sus deseos, es dar cimientos a la creencia de que el estado reune condiciones para transformar las relaciones económicas; es fomentar la superstición de que el parlamento burgués — institución decorativa — tiene en sus manos los destinos del país y puede—según sea reaccionarios o socialista— sancionar leyes en defensa de la burguesía o en favor de los trabajadores; es negar la lucha de clase; es sostener prácticamente que la democracia es el gobierno de todos: es, en fin, defender el sistema capitalista, haciendo en lugar de proletarios luchadores, ciudadanos pasivos, que cuanto más, en lugar de afilarse al partido conservador, se afiliarán al radical o socialista.

Y no es esta una deducción falsa, propia de una imaginación calenturienta. Es la propia realidad ya en evidencia con el avance del partido socialista y el debilitamiento de la F. O. R. U.

Es así como los hechos nos presentan una verdad fehaciente en forma de paradoja. El elemento anarquista ha contribuído al florecimiento del partido socialista, ha aportado sus energías a la consolidación del régimen burgués y ha restado fuerza al movimiento obrero; verdad que no destruye el hecho de que algunos se hayan manifestado en desacuerdo con los más.

Antonio Marinelli.

Correspondencias

PUERTO SAUCE (Uruguay)

Camaradas de LA ACCION OBRERA:

Quiero hacer conocer por medio de nuestro periódico lo que son los gobiernos, por más democráticos que se proclamen. Tan demócrata es el que aquí tenemos que ha sido calificado por varios diarios conservadores y patriotas, como anarquista, y no sólo los conservadores y patriotas, sino que los mismos anarquistas lo apoyan y sostienen como suyo. Realmente, sería una felicidad que marcháramos a una sociedad libre, de igualdad y de amor; eso es lo que anhelamos los obreros conscientes; pero el estado a que nos conduce el gobierno democrático, ya lo tenemos y lo repudiamos, y sólo los parásitos se benefician con él. Aquí se nos veja y explota como en cualquier parte, a pesar de la democracia y con ella y todo. El gobierno de aquí es como el de Europa: a tal palo tal astilla, dice el adagio, y este gobierno no es más que la astilla de los del viejo continente. El adagio se cump pie de la letra, como puede verse por los datos siguientes:

En este paraje, denominado Puerto Sauce, hay un departamento militar. A mediados del mes ppdo., hicieron circular unos fo[illegible] antimilitaristas, editados en Buenos Aires. Aunque yo no ignoraba la existencia de esos folletos, pero no sabía que llegaran a manos de estos pobres de espíritu, como lo son todos los militares; y menos aún considerando que éstos son enganchados. Al otro día de entrar los folletos en el departamento, dieron orden a la policía de que se vigilara por todas partes que fuera. Los primeros días no pude darme cuenta del espionaje, pues, ignoraba lo que estaba sucediendo, hasta ser advertido por un amigo. ¡Figúrense mi indignación! Me pregunté soy un ladrón o un asesino sin saberlo, para merecer esta vigilancia; pero no es eso no que soy un obrero consciente que defiendo mis derechos.

Se decía que yo era un individuo que venía a perjudicar la tranquilidad de este pueblo; que era un anarquista, un alma negra... Esto porque la cretina policía no deja que un trabajador propague los principios de emancipación que han de regenerar del alcohol, y del juego y del yugo a los parias de esta tierra. Cumpliendo su misión villana fuése a la empresa donde trabajo, a hacer coación para sitiarme en la miseria, pero no lo han logrado, llevándose una plancha estos esbirros del capital y del estado.

Pero nada de eso valdrá para hacerme desistir de mi propaganda entre mismos compañeros; he de procurar siempre de enseñarles lo que yo sé.

Lo que me llama la atención es que en ésta haya obreros mansos, sin una chispa de rebeldía, siendo europeos y procediendo de poblaciones donde la acción revolucionaria se ha hecho sentir en las más solemnes oportunidades, y tengan la desverguenza de censurar mi actitud, porque no me doblego y digo lo que siento y lo que son.

Así, camaradas, podréis apreciar qué clase de esbirros tenemos en este país «libre» y constitucional, donde nos rige un gobierno socialista y cuasi anarquista.

Os saluda este bohemio errante, que lo es.

Rafael T. López.

Junio, 1913.

PEYRANO

En la Sección de la F. A. A. — Abuso de un burgués — La policía a sus órdenes — Cómo se hace justicia.

Es necesario que escriba con puntualidad para que los hechos sean bien publicados y explicativos a fin de que todos los buenos compañeros conozcan punto por punto lo que aquí pasa.

El 8 del corriente hubo en esta localidad una asamblea de agricultores, con la presencia del delegado de la Federación A. A. señor Bertolini.

Esa asamblea debía de negrear de colonos para que todos juntos hubieran podido resolver algo a favor de sus existencias, pero por la buena obra de la comisión asistieron apenas unos treinta, y de los cuales más de la mitad eran comerciantes, propietarios y atorrantes. Por vergüenza se encerraron en el pequeño escritorio para resolver los asuntos de la sociedad. Allí trataron, propusieron y nada hicieron, hasta que por último el no haber podido resolver la causa de mi expulsión, el delegado Bertolini acordó de reunirse en nueva asamblea y de nombrar toda la comisión a votos, porque ha visto que en la sección de Peyrano casi todos son incompetentes para ese cargo; sólo el que había de bueno, que era el amigo Cipoloni, renunció en esa asamblea por los incorrectos procederes que ellos empleaban.

—El nuevo burgués Miguel Ducevich se tomó la libertad de hacer pasar por mi casa unos carros cargados de maiz sin antes pedirme permiso a mí para que le diera paso; seguro que ese burgués será gobernador...

Expuse mi queja al comisario de policía para que fuera castigado su abuso, pero el comisario de ésta localidad no se ha dignado de hacerlo.

Otra vez yo no necesitaré más policía para hacer mantener el respeto a mi casa; yo solo me haré respetar y haré de policía; una vez que ella no quiere intervenir, alguna medida debemos de tomar, porque si este abuso lo hubiera cometido yo contra el burgués Ducevich, él con pocas palabras me mandaba a la tierra del Fuego.

Atención compañeros, con la justicia de hoy en día!

Emilio Pollastri

Notas y comentarios

ESO SE LLAMA METER LA PATA...

Según un artículo domiciliado en la tercera página de la P... del 22 del corriente, hay que «trabajar exclusivamente por y para el diario...» Exclusivamente, es decir solamente, únicamente, absolutamente para eso. Pero resulta que en la segunda hay un artículo titulado «Por y para el comunismo anárquico», lo cual no puede ser porque está el exclusivamente de trabajar para el diario... No hemos leído este artículo, pero estamos por sospechar que también quiere ser exclusivo, lo que daría lugar a un lindo juego a la gata parida, para tratar de sacarse uno a otro, del sitio que ocupan indebidamente ateniéndonos al exclusivismo aludido. Esto ateniéndonos a la lógica, pues los que la desconocen y atropellan pueden decir despropósitos a porrillo sin saber siquiera lo que dicen.

Y ese artículo está firmado nada menos que por «La Redacción»...

Más adelante sigue desbarrando la honorable redacción, que después de decir que el diario no puede salir para el 29 del corriente porque le han hecho la contra algunos elementos, sostiene: «La buena voluntad está patente, «revoloteando», y solo desea se le dé (el acento lo ponemos nosotros) pie para manifestarse en actos o en iniciativas útiles. Daremos «todo el pie» necesario», etc. A nosotros se nos ocurre que eso de dar «el pie y todo el pie necesario», es hacer las de el loro Pedrito, que da la pata a quien se la pide. Además, recordamos que hace dos semanas esa misma redacción llamaba «pedestres» a los sindicalistas, y ahora resulta que ellos son los verdaderos pedestres, puesto que tienen tanto pie para dar. De modo que han de tener por lo menos cuatro cada uno, y lo superfluo quieren darlo, como buenos comunistas anárquicos. Eso sí que se llama meter la pata...

CIRCO ANTILLI

Sigue actuando en el circo su director-propietario, aunque no da más que una función semanal. En vista del buen éxito pronto van a darse representaciones diarias. Este hombre, arrepentido de su oficio anterior, por lo trágico, se ha dado de lleno a lo cómico. Por eso dice «que su obra desciende cantando sobre la montaña...» (véase en el citado número de la P..., el artículo de este individuo, séptima línea). Eso se parece a «subir bajo el abismo». Y sigue diciendo que ha matado muchos microbios... a fuerza de 606... Señal evidente de que tenía muchos encima... Pero esos microbios son sus adversarios que no le quieren dar el hueso; y aunque éstos son anárquicos, dice a su respecto:

«Donde hubo una persiana que abrir para iluminar el antro y que no se criaran buhos, lo telarañoso y lo pegado a la pared no hurtara al sol el asco de su viscosidad; allí he acudido yo (don yo) a abrirla con mi mano, sin temor a que los bichos me muerdan».

¡Muy bien, Júpiter Tunante, muy bien dicho! El campo anárquico es un antro y entre los anárquicos hay buhos y bichos de viscosidad asquerosa. ¡Muy bien! ¡bis, bis! Nosotros creímos que solo las tumbas y las iglesias tenían todo eso, pero vemos que la iglesia anarquera también los tiene, según uno de sus sacristanes, que conoce sus interioridades porque es el que limpia el antro. ¡Muy bien! ¡bis, bis!

EN EL PAIS DE LOS CIEGOS

Antes no nos explicábamos cómo era que un Lucena brillara tanto en el campo anárquico, pero ahora nos explicamos el asunto. Entre ellos hay bichos de la oscuridad, ciegos en la luz, y sabido es que en el país de los ciegos el tuerto es rey... Antillí no habla en vano de la viscosidad de estos bichos, viscosidad innegable porque es viscosidad a la vista... Así brilla estos señores, como las babosas, que dejan su rastro repugnante por donde pasan.

FULANO DE TAL.

VARIAS

CONFERENCIA FERROVIARIA

La Federación O. Ferrocarrilera ha lanzado un vibrante manifiesto invitando a todos los ferroviarios de la capital a una gran conferencia pública que se efectuará mañana domingo a las 2 de la tarde en el salón de la calle Méjico 2070, donde hablarán varios compañeros.

Esperamos que los obreros ferroviarios no dejarán de asistir a tan importante acto.

BENEFICIO AL COMITE «PRO-PRESOS»

Los cuadros filodramáticos «Sol de la Humanidad» y «Aurora Social», han organizado para el día 19 de Julio (sábado), una función y baile que tendrá lugar en el salón «Centro Gallego», de Avellaneda, calle General Mitre 782, a beneficio total del «Comité Pro-Presos» por cuestiones sociales.

MAQUINISTAS DE CALZADO

Esta sociedad celebrará asamblea el viérnes 4 de Julio a las 8 p.m. en la calle Humberto I 2200.

PRO MAQUINAS LA ACCION OBRERA

Suma anterior $ 128.70.

Lista a cargo de José García: B. Puga, 0.30; J. García, 0.70; B. Castañeira, 0.50; J. Cotilla, 0.50; M. Baeza, 0.50; F. Lamas, 0.50; J. Aguilera, 0.50; J. Martinez 0.50; A. Martínez, 0.50; J. Núñez, 0.50; G. Balcarce, 0.25; José Bertaccini, 1.50; V. T., 2.10. — Total $ 137.65.

DESCENSO

Un compañero pintor ha donado 30 ejemplares del libro «Descenso» por Umenio Bairiol, que venderemos al precio de 0.40, a total beneficio de las máquinas de LA ACCION OBRERA. Pedidos acompañados del importe, a esta administración.

ROSARIO

Ha vuelto hacerse cargo de la agencia de LA ACCION OBRERA, el camarada Enrique Baroni.

En consecuencia, todo asunto relacionado con el periódico tendrán que ser dirigido a este compañero.

NUESTRO 1.er FOLLETO

J. Giovio, 15; Pedro Martinez, 50.